

El temblor

Marea

Subirá el azogue en cada estancia
si nos ven entrar como elefantes perdidos,
en busca de otro derrotero;
quizá más inocente, menos resentido,
que no se desviva en lo vivido;
que muera buscando un horizonte nuevo.

No comimos nada: contamos veinte.
Con el mercadeo más urgente, danzaron
las uñas de los taberneros,
repletas de planetas, de tabaco y plata;
de la libertad que desbarata los sueños
de aquellos que nunca durmieron.

Tan harto de ternura y de tanta picadura, amor,
ungido, me abracé al rugido que me enamoró.
Después, me encomendé a la bruma
que puebla el último atolón;
que enviuda y amanece, muda, con nuestro temblor.
Volverá el temblor.

De la retirada, no fuimos hijos:
fuimos la palabra y entresijos dorados;
la levantero y el calambre.
Nos queda la certeza de sabernos vivos,
nunca vencedores ni vencidos; regados
por lo que queda del estambre.

¡Qué hartura de tormento -tormenta tierra adentro-, amor!
Me cansa la caricia mansa de su resplandor,
que abrasa aquel renglón torcido
que se vistió de perdedor..
Si yerra, me hablará la tierra, y llegará el temblor.
Volverá el temblor.